



E I
h u e r t o
c o m o
f i c c i ó n

Noemí González Martín

E I

h u e r t o

c o m o

f i c c i ó n

Noemí González Martín
2014

Trabajo Fin de Grado en el ámbito de creación de proyectos transdisciplinares por la Universidad de La Laguna, convocatoria de julio, 2014.

NATURALEZA TERRITORIO
CAPITALISMO HUELLA ECOLÓGICA
PAISAJE SOCIAL NIHILISMO SOSTENIBILIDAD
DECRECIMIENTO REEVALUACIÓN PROGRESO
RECICLAJE DIY DESARROLLO VIDA SENCILLA LOW-TECH
GLOBALIZACIÓN AGENCIAMIENTO
AGRICULTURA URBANA RANCIÉRE
PAISAJE IN SITU BIENES RELACIONALES LATOUCHE
DISPOSITIVO PASTORALISMO PAISAJE IN VISU POLÍTICA

I

En *El origen de la desigualdad entre los hombres*, Rousseau explica cómo terminó el paraíso y empieza la civilización: "El primer hombre que, después de haber cercado un terreno, tuvo la ocurrencia de decir: Esto es mío, y se encontró con gente tan simple como para creérselo, fue el verdadero fundador de la sociedad civil".

La globalización es un concepto que suele emplearse para aludir a todo lo vinculado al fenómeno del mercado global. Desde hace ya varias décadas, el escenario donde se realizan y miden las transacciones económicas y financieras es el planeta entero. El mercado ha mundializado los flujos de objetos y de conductas. Pero, en el mismo movimiento, ha suministrado a las sociedades una cantidad de bienes infinitamente diversificados que sirven para construir la diferencia y la identidad. Por su parte, la máquina de producir diferencia da signos de aceleración ante la presión de las desigualdades crecientes, de la pobreza, de la competencia por el poder, del descrédito de las instancias políticas con frecuencia superadas por los acontecimientos.



Paisaje in visu, 2012



La prioridad economicista eclipsa cualquier otra variable que, de forma lógica y consecuente, esté vinculada al propio sentido de la globalización, como son los aspectos sociales que se ven afectados directamente por los efectos económicos, positiva o negativamente. Es lo que Mattelart denomina capitalismo integrado, ya que se trata de lograr un aumento de la competitividad a escala mundial. Según Mattelart, la globalización “trata de abarcar el proceso de unificación del campo económico, y, por extrapolación, de diagnosticar la situación general del mundo” (Matterlart, 2007, 85). Nos situamos pues en un espacio de intercambio basado en el mercado, donde las relaciones, vinculaciones y acciones que se realicen parten de la obtención de un beneficio.

El capitalismo global ha configurado un mundo de relaciones sociales, económicas y políticas interdependientes en el que las decisiones de uno afectan al resto, ya no existen fronteras. Al igual que los mercados y las empresas se han extendido para alcanzar una dimensión mundial, también lo han hecho los medios de comunicación que expanden la influencia cultural del capitalismo convirtiéndolo en el “entorno natural” del ser humano contemporáneo.

Esta mediatización del mundo, contaminada por el capitalismo, ejerce un poder de relación que determina simbólicamente la percepción que tenemos del mundo, es decir, a través de la información que manejamos se manipula la concepción que podemos tener de la realidad. El capitalismo se hace dueño de los medios de información como estrategia de poder relacionada con la noción mercantilista que le define para hacer y deshacer a su antojo.

Vivimos anestesiados por este espejismo, si el capitalismo construye paisajes que sólo hacen visibles la capacidad de consumo, al final la gente consumirá para sentirse integrada y reconocida en ese paisaje; esa es la enfermedad de nuestro tiempo.



Pastoralismo, acrílico sobre lienzo, 2012.





2

El concepto de paisaje no solamente se refiere a una configuración del espacio geográfico, sino también a un resultado cultural y de identidad, que a su vez se manifiestan en el paisaje. Por lo tanto, cuando hablamos de paisaje, no nos referimos únicamente a una mera representación material.

El paisaje se define entonces como la huella de capas culturales y geológicas que se sobreponen y que actúan como metáfora visual de la sociedad, como una acumulación de múltiples periodos yuxtapuestos donde lo visual nos remite a lo histórico y donde la sociedad establece una continuidad con el pasado.

A través del tiempo, el paisaje acumula las aportaciones públicas que se materializan en proyectos políticos y procesos sociales. Éstos continúan de una generación a otra y se transforman en herencia cultural y geográfica de la sociedad. Si consideramos entonces, el paisaje como huella de lo construido, aceptamos que el paisaje es un

producto de decisiones sociales que se manifiestan en la política del territorio.

Por lo tanto, existen pues paisajes agrarios, paisajes industriales, paisajes urbanos pero, sobre todo, paisajes sociales: fondos (background) de sentido compartido que enmarcan nuestras acciones y las hacen visibles, comprensibles.

De ahí que actúe como escenario para identificarnos con el colectivo que nos rodea, es decir, como proceso de sociabilización. En consecuencia, la construcción social del paisaje es el resultado de una transformación colectiva de la naturaleza; es la proyección cultural de una sociedad en un espacio determinado.

Las sociedades humanas, a través de su cultura, transforman los originarios paisajes naturales en paisajes culturales. La comprensión de esta dinámica nos lleva a que el paisaje es un concepto impregnado de connotaciones



Serie compost, 2014



Nihilismo: (Del lat. nihil, nada, e -ismo).

1. M. Negación de todo principio religioso, político y social.

2. Fil. Negación de toda creencia.

culturales que puede interpretarse como un dinámico código de símbolos que nos hablan de la cultura de su pasado, su presente y quizás también de su futuro.

Pero no significa que el paisaje esté modelado solamente por la cultura (que la naturaleza cobre la forma de los modos de explotarla) sino que también es el paisaje quien modela la cultura (que si vivimos en un paisaje social que solo vende determinadas formas de habitar, al final la gente verá esas formas de habitar como adecuadas para sentirse participes de ese paisaje).

Pero además, el paisaje no sólo está implicado en los problemas socioculturales propios de nuestra época porque no ha logrado prevalecer los valores sociales a los mercantiles o porque sigue expuesto al sistema de mercantilización del territorio que convierte a las ciudades en puros iconos para el consumo, sino que además está implicado en los problemas ecológicos del planeta porque no se ha reconocido dentro de un proceso de sostenibilidad.

Hay muy pocos países en el mundo que hayan experimentado políticas e iniciativas de crecimiento que se hayan visto acompañadas de una reducción de las desigualdades y del impacto medioambiental. Es más bien lo contrario.

Los países que conocen un fuerte índice de crecimiento son los que padecen mayores desigualdades sociales y tienen la impronta ecológica más elevada. “La ‘desmaterialización del PIB’ es sólo aparente, ya que los países más contaminadores deslocalizaron los agentes más destructivos de la cadena de producción que sirve para mantener su nivel de vida” (Flipo, 2009).

China y Brasil, por ejemplo, no dejan de recordar que una gran parte de los impactos ecológicos de su país no son más que la consecuencia directa de la demanda gigantesca de los países occidentales.

En esta misma dirección, llevar al continente africano a niveles de producción y consumo similares a los norteamer-

ricanos, necesitaría varios planetas como el nuestro para procurar los recursos.

No se puede crecer de manera infinita en un mundo finito. Esta sociedad ni es sostenible, ni deseable porque colisiona contra los límites de la biosfera. Si tomamos como indicador el “peso” medioambiental de nuestra forma de vida, la “huella ecológica” como superficie terrestre o espacio bio-productivo necesario para desarrollarla, obtenemos resultados insostenibles desde el punto de vista de la capacidad de regeneración de la biosfera, largamente superada ya en un 40%.

Y es aquí donde se hace necesario repotenciar la dimensión medioambiental, y en consecuencia al hacerlo, crear un nuevo paisaje social que nos lleve a una nueva cultura de la ordenación del territorio, pero, sobre todo, a una nueva sensibilidad paisajística.

En cualquier caso, parece evidente que el camino no pue-

de plantearse en términos de crecimiento sino de límites, ya sean sociales, económicos, geográficos, éticos o estéticos.

En esta sociedad de crecimiento por el crecimiento, sin tener en cuenta la naturaleza de sus producciones, se necesita una nueva cultura para una situación histórica novedosa: el avance hacia atrás.

El término decrecimiento tiene un uso muy reciente en el debate económico social. Es preciso entender que el decrecimiento no es un concepto y, sobre todo, no es el opuesto del crecimiento. Tampoco es un crecimiento negativo, Latouche propone hablar de un “a-crecimiento”, como se habla de ateísmo.

Se trata del abandono de la fe pagana en la economía, el crecimiento, el progreso y el desarrollo. Lo cuestionable no son sólo los fenómenos de crecimiento sino la “sociedad de crecimiento” en la que vivimos. Y es aquí donde nos planteamos que tanto el problema como la solución emer-



Construcción del paisaje, grafito sobre papel.

Se trata del abandono de la fe pagana en la economía, el crecimiento, el progreso y el desarrollo.

Lo cuestionable no son sólo los fenómenos de crecimiento sino la “sociedad de crecimiento” en la que vivimos. Y es aquí donde nos planteamos que tanto el problema como la solución emergen de la cultura.

Si queremos transformar el capitalismo, habrá que transformar primero nuestro comportamiento dentro de él.

Aunque Nietzsche escribió en *El ocaso de los ídolos*: “pero al hombre no le es dado ser cangrejo. No es posible, es menester ir hacia delante, es decir, avanzar paso a paso, adelantando en la decadencia” (Nietzsche, 1971, 124-125);

Serge Latouche afirma que: “el otro mundo posible” está ahí, y es necesario “descolonizar nuestro imaginario” (Latouche, 2006, 147).







La religión del exceso reverencia los mismos santos -desarrollo, tecnología, mercancía, velocidad, frenesí -, persigue a los mismos heréticos –los que están fuera de la lógica del rendimiento y del productivismo-, dispensa una misma moral –tener, nunca suficiente, abusar, nunca demasiado, tirar, sin moderación, luego volver a empezar, otra vez y siempre-. (Latouche, 2006, 144).

Ante esta crisis de valores, la tarea política de nuestra generación es, como dice Agamben en su libro *La comunidad que viene*: “Seleccionar en la nueva humanidad planetaria aquellos caracteres que permitan su supervivencia, remover el diafragma sutil que separa la mala publicidad mediática de la perfecta exterioridad que se comunica sólo a sí misma”. (Agamben, 1990, 42).

Para salir del imaginario dominante, es necesaria una revolución cultural, hace falta que hayan cambios profundos en la organización psicosocial del hombre. El mito del progreso nos hace soñar con soluciones tecnológicas a un problema de índole cultural.

La obesidad no se combate desarrollando inhibidores de la acumulación de grasas, ni las enfermedades coronarias mejorando las técnicas de by-pass, ni los accidentes de tráfico con cinturones con pretensores y frenos ‘abs’, sino caminando más y yendo en bicicleta.

Para hacer avanzar las cosas en el buen sentido, hace falta el trabajo de deslegitimar los valores y las ideologías dominantes, la contra-información o contra manipulación práctica y la educación para el decrecimiento o cura de desintoxicación. Cada sociedad, cada cultura debe salir, a su manera, del totalitarismo productivista y oponerse al

Cada sociedad, cada cultura debe salir, a su manera, del totalitarismo productivista y oponerse al hombre unidimensional, el homo oeconomicus, a favor de crear una nueva relación de consumo entre los individuos basada en bienes relaciones, una economía de servicios.

Además, es importante intervenir sobre las realidades y necesidades de un consumo responsable del territorio y reconducirlas hacia formar sostenibles (reforzar la productividad ecológica en detrimento de la productividad económica) porque más allá de los anacrónicos paisajes míticos, lo que domina en nuestros territorios son las manifestaciones de fenómenos globales y genéricos.

Por esta razón, Joan Nogué reclama: “una nueva etapa debería estar basada en una total transformación atenta a las cautelas ecológicas y al reciclaje urbano” (Nogué, 2008, 233-234). Es el fundamento de nuestra conciencia de la autonomía humana con respecto al medio ambiente

natural. La economía transforma la abundancia natural en escasez por medio de la creación artificial de la falta, y la necesidad a través de la apropiación de la naturaleza y la mercantilización.



Serie fotográfica digital *Otras formas*, 2014











3

En esta situación de crisis en la que estamos sumergidos tanto a nivel económico como social, existe un anhelo de crear un sistema de relaciones que se puede descubrir entre “un minucioso ensamblaje heterogéneo de discursos, instituciones, formas arquitectónicas, decisiones reguladoras, leyes, medidas administrativas, afirmaciones científicas, proposiciones filosóficas y morales”, que tiene como función principal responder en un momento histórico dado a una necesidad urgente (Foucault).

Construir dispositivos o mecanismos que permitan la articulación continua de una experiencia capaz de emitir signos que reestructuren el campo semiótico, virus que produzcan mutaciones conscientes.

El objetivo no es reinventar a la totalidad, sino el desplazamiento de uno o varios elementos, de forma que se recombine el conjunto de modo integrado con la acción de otros agentes de recombinación.

Recombinar significa modificar las relaciones entre los diferentes elementos de modo que se produzca un resultado semiótico y funcional distinto del que deriva de la combinación precedente.

Desde esta perspectiva, la agricultura urbana puede ser vista como un dispositivo con una capacidad práctica de abastecimiento que aspira a proporcionar a los habitantes de la ciudad soberanía alimenticia.

Una de las principales motivaciones por las que surge la agricultura urbana es la preocupación de la calidad y el origen de los productos que consumen además de ser una alternativa sostenible para reestructurar el tejido urbano en la producción y el procesamiento de residuos y el aprovechamiento de los recursos locales evitando el consumo de combustible en la red de transporte de esos productos.



Instalación *Síntoma*, Museo de Historia y Antropología de Tenerife (Casa Lercaro), 2013.







Además, la agricultura urbana es una actividad que potencia la cohesión social y fortalece los lazos comunitarios y el sentimiento de pertenencia al lugar, al mismo tiempo que facilita la integración social.

El huerto urbano actúa como mediador de un acercamiento de lo natural en lo urbano, una nueva relación con la naturaleza en el contexto urbano. La demanda de sostenibilidad se produce por el reconocimiento del deterioro del medio a causa del metabolismo contaminante de nuestro sistema productivo industrial. La contaminación por el vertido de residuos de producción y de consumo se ha convertido en una grave amenaza para la estabilidad del sistema planetario.

Esta amenaza hace indispensable volver a tener una especial preocupación y conciencia de la necesidad vital de volver a coexistir con el medio, recuperar una vida vinculada al medio ambiente y crear un reencuentro con lo natural

en lo urbano. La ciudad constituye un espacio determinante en este acercamiento.

Hace tan solo un siglo, sólo el 10% de la población vivía en las ciudades, sin embargo, ahora el mundo ha dejado de ser rural para transformarse en urbano.

El nihilismo que mancha nuestras formas de vida en la ciudad y el exceso de teoría que nos desborda en cuestiones tan prominentes que muchas veces se nos escapan, da pie a que aparezca el pastoralismo como reverso de la dialéctica de la sociedad; es decir, un afán por la vuelta al sentido común y a las cosas sencillas. Thomas Crow, en una cita al pastoralismo, dijo:

[...] que la celebración de los valores heroicos en el arte podía sobrevivir a la comparación con la realidad si incluía la voz contraria y la representación de la vida corriente. De la época de Virgilio en adelante, la vacilación de la creen-

cia vida trascendente de los gobernantes (y esta creencia siempre vacila desde el instante en que es exigida) elevaba el tipo rústico –el pastor o el zagal- a la posición antes ocupada por Aquiles, Alejandro o Augusto”. (Crow, 2002, 180)

La agricultura urbana entendida como espacio verde productivo no es un concepto nuevo, sino que ha estado presente de manera intermitente en el urbanismo y la arquitectura del paisaje a lo largo de la historia. Desde Mesopotamia y Egipto el jardín estaba asociado a la agricultura tanto desde el punto de vista productivo como formal. Más tarde, durante la Edad Media, los jardines fueron un ejemplo de espacio productivo con una estrategia defensiva y económica. El espacio verde ha tenido distintas funciones a lo largo de la historia, desde una tendencia utilitaria hasta una inquietud puramente estética. En ambos casos, el espacio verde ha sido una expresión de cómo la sociedad, y en concreto la ciudad, se ha relacionado y se relaciona

con el ecosistema (paisaje social).

Aquellas ciudades que, por razones económicas y/o defensivas, han mantenido una relación estrechamente dependiente con el ecosistema, han desarrollado espacios verdes productivos. Las primeras polis como Roma fueron ciudades agrícolas amuralladas cuya principal estrategia política era la de conseguir una seguridad alimentaria autosuficiente.

Por el contrario, las sociedades que se mantienen desconectadas del ecosistema dependen de una serie de flujos apoyados en redes de transportes a larga distancia para abastecer a la ciudad. Como en el caso de la Roma Imperial que, más tarde debido a su expansión política, dejó de ser una ciudad productiva para alimentarse de zonas de cultivo tan distantes como África y Oriente Medio.

La sociedad industrial constituye una versión ampliada de la Roma expansiva. La ciudad industrial expulsó a la agricultura del tejido urbano pero el nuevo sistema de transporte facilitó que la producción de alimentos pudiera desarrollarse en campos distantes, fuera del entorno urbano.

Con la globalización, este fenómeno se ha acentuado aún más. La desconexión con el ecosistema se ha llevado a la máxima expresión y el espacio verde urbano persiste como espacio improductivo y ornamental.

De ahí, que se quiera redefinir el espacio verde urbano hacia la práctica de la agricultura urbana.





Inslatación Agricultura urbana
Sala de Arte Instituto Cabrera
Pinto El giro académico,
2013.



Proceso de acomodamiento para el huerto urbano.



Serie *Green*, 2014





Serie fotográfica analógica Paisaje social, 2014.





4

El arte tiene un papel fundamental en este empeño por promover una reevaluación del sistema capitalista para la descentralización cognitiva del imaginario dominante a través de una nueva relación con lo natural. “Tanto el arte como la política son operaciones de reconfiguración de la experiencia común de lo sensible” (Rancière, 2008, 65).

El arte establece conflictos de forma retórica y actúa como dispositivo para conectar con su exterioridad. El arte ahora básicamente consiste en la producción activista de dispositivos alternativos de generación de un dominio público políticamente no depotenciado; es decir, no debemos separar el arte de la vida.

La obra de arte se convierte en un dispositivo, un mecanismo capaz de crear conflictos y discernir las diferencias de la totalidad. El papel que le corresponde al arte es tan importante como el de la política, pues supone una reconfiguración del orden establecido, un cuestionamiento de lo sensible. El fin del arte crítico es conducir al espectador a

la anhelada emancipación que le permita enfrentarse con garantías a los dispositivos de control de una sociedad de consumo.

Tanto la política del arte de Rancière como la estética relacional de Bourriaud buscan un mismo propósito: la autonomía del individuo en una sociedad en la que los poderes políticos, económicos o mediáticos imponen un control de sus mecanismos de subjetivación; ayudar a que ese individuo deje de ser un consumidor pasivo, o anestesiado como decíamos al principio, de discursos, mercancías e ideologías para convertirse en un sujeto crítico y autónomo. “Ése es el trabajo de la ficción” (Rancière, 2008, 66), el trabajo del arte; construir nuevos nexos, nuevos significados.

Es importante reconsiderar el concepto de experiencia que proponía Dewey como un mecanismo dinámico y motor de cambio. Afirmaba que el verdadero valor de la experiencia no provenía tanto del objeto o la situación que la produce, sino de sus efectos a largo plazo sobre el que la experimenta y la reproduce en otras situaciones.

Asimismo, la experiencia se consolida en cuantas más relaciones e interrelaciones comprenda para enriquecer nuestros imaginarios y nuestras perspectivas. La agricultura urbana en este contexto funciona como agenciamiento con autonomía contagiosa; es decir, nos permite convertir en coherente algo que antes no lo parecía y además tiene la capacidad de contagiar las ganas de crear otras plataformas para expandirlas y ser re-articuladas en otras situaciones.

Por otra parte, la historia nos revela que no hay un mecanismo más poderoso que la propia mirada humana para la metamorfosis constante. Nuestra mirada está llena de modelos latentes que actúan en silencio para modelar

nuestra experiencia como montaje artístico.

Somos capaces de intervenir sobre el objeto natural directa (in situ) o indirectamente (in visu). Esta capacidad de determinar la naturaleza es lo que Montaigne llamaba artealización. Un lugar natural se percibe estéticamente a través del paisaje, es decir, en esta dualidad país-paisaje, el país sería como el grado cero del paisaje que se transforma mediante esta artealización.

Si contemplamos lugares naturales es porque están en nuestra mirada, y si habitan en nuestra mirada es porque nos vienen del arte.

El arte es quien convierte el país en paisaje. Sin embargo, nuestros paisajes nos resultan tan familiares que nos hemos acostumbrado a creer que su belleza es evidente, pero no se debe olvidar que un país no es paisaje y que entre uno y otro está la elaboración del arte, como dijo Oscar Wilde: "La vida imita al arte mucho más de lo que el arte imita a la vida" (Oscar Wilde, 1890).



Acción en la calle 60 plantones en botellas de plástico que se llevaron en 3 horas, 2014.





5

Actualmente, a causa de las dinámicas del capitalismo global, los usos de la vida en las sociedades occidentales hacen un consumo irresponsable de los recursos naturales a escala planetaria que son insostenibles a medio y corto plazo. Esta situación debe cambiar en el plano económico y ecológico, pero sobre todo en los hábitos y paradigmas culturales que hacen posibles los modos de vida. No se trata sólo de implementar consumos responsables, sino de ir a la base del problema que reside en los hábitos culturales, es decir, un cambio psicosocial, como propone Latouche.

En el marco de estos cambios, la agricultura urbana supone el síntoma y a la vez el detonante de un cambio cultural, una forma de reeducación de los modos de relacionarse con el consumo. De ahí, este proyecto tiene como objetivo coadyuvar a ese cambio psicosocial necesario, aspirando a funcionar como un dispositivo, como un agenciamiento o virus que promueva ideas y abra perspectivas.

A través de una estética minimalista y los modismos actuales, busca ofrecer formas seductoras que relacionen el espacio de lo cultural con el uso sostenible de los recursos para colaborar a que “esté de moda” ser ecológico (dándole una nueva imagen a lo que se considera ecológico, alejándolo de los estándares habituales).

Su propósito es reunir en un sólo proyecto espacios o enfoques distintos que circulan alrededor de la idea de agricultura urbana; por una parte el retorno a lo rural y a los hábitos de

vida sencilla, por otra, la dimensión revolucionaria de reconstruir la sociedad a partir de la realización de proyectos comunitarios (como puede ser el huerto urbano como rescate de solares, proyectos colaborativos de asociaciones o barrios), y por otra parte, esa dimensión estética y glamurosa de las imágenes artísticas, del diseño.

La realización “humilde” de las obras – técnicas manuales y tradicionales como el dibujo y la pintura, y técnicas elementales de reciclaje y construcción de trastos– refleja la idea de vuelta a lo humilde, al pastoralismo y al low tech; un espacio que está más asociado a la autonomía personal (necesitamos poco de plataformas y estructuras tecnológicas para actuar), y a la soberanía, a la agencia, a una dimensión cercana de la experiencia (cercana en el ámbito territorial y en el ámbito psicológico).

Asimismo, en el terreno formal, el objetivo de este trabajo es utilizar el éxito del programa estético minimalista en todos los órdenes de la vida cotidiana (desde ikea al iphone, el minimalismo ha conquistado el espacio estético más prestigioso hasta el punto de abarcar incluso el orden de lo moral) para conseguir una cercanía estética del espectador con la obra y facilitar que la haga suya, que la encuentre atractiva.



Serie fotográfica *Un-titled*, 2014





Había algo siniestramente
grotesco en esa carrera desenfrenada
hacia el lucro en el mismo momento
en que el mundo se moría.

Richard Mathenson.









Instalación *A-crecimiento*, Sala de Arte La Recova, 2014.













Conclusiones

El desarrollo de este proyecto me ha llevado a ordenar y alimentar un serie de inquietudes que, de manera más o menos consciente y coherente, venía desarrollando desde hace dos años: el interés por la relación que el sujeto contemporáneo tiene con una naturaleza que ve sólo como el decorado exótico de una vida urbana.

La inmersión en la lectura de textos sobre este asunto me ha llevado al tema del huerto ecológico como un espacio donde confluye una acción política con la creación de imágenes o actitudes (performances) que aspiran a operar cambios culturales; proceso en el que hay un cierto encuentro con lo artístico.

El desarrollo del proyecto, en ese sentido, ha puesto de manifiesto que este espacio de encuentro entre la acción artística y política en el terreno de las experiencias comunitarias encaminadas a experimentar nuevos modos de uso del territorio, es un espacio interesante y vivo, donde entendemos que hay posibilidades reales de desarrollar proyectos con mucho interés.

En cuanto a la experiencia directa, quizás el mayor des-

cubrimiento haya estado en las acciones realizadas en la calle donde pudimos comprobar que la sensibilidad social hasta estos temas es grande, y por tanto hay trabajo por hacer aún.

En esta medida, parece claro que el desarrollo posterior del proyecto pasaría por potenciar dos aspectos que consideramos clave para obtener buenos resultados: potenciar el ámbito colaborativo y relacional, que es donde parece que se puede conseguir mejores resultados en el objetivo de crear sensibilidad, y por otra parte, mejorar los aspectos formales de las obras, con el objetivo de mejorar la eficacia comunicativa de las propuestas, y conseguir que las obras atesoren capacidad de crear conciencia sobre los temas que abordan.

Por lo demás, el desarrollo del trabajo me ha permitido articular una propuesta que hace un año era prácticamente una intuición, y encontrar una vía de creación que considero está llena de posibilidades.

Bibliografía :

Agamben, G. La comunidad que viene. Pre-textos, 1990.

Arosemena, G. Agricultura urbana. Gustavo Gili, 2012.

Claramonte, J. Arte colaborativo: política de la experiencia, 2008.

Crow, T. El arte moderno en la cultura de lo cotidiano. Akal, 2002.

Latouche, S. La apuesta por el decrecimiento. Icaria, 2006.

Flipo, F. <http://www.decrecimiento.info/> , 2009.

Matterlart, A. La mundialización de la comunicación. Paidós. 2007

Nietzsche, F. El ocaso de los ídolos. Alianza, 1971.

Nogué, J. El paisaje en la cultura contemporánea. Biblioteca nueva, 2008.

Nogué, J. La construcción social del paisaje. Biblioteca nueva, 2007

Rancière, J. El espectador emancipado. Ellago, 2010.

Roger, A. Breve tratado del paisaje. Biblioteca nueva, 2007.

